

SANEAMIENTO DE POBLACIONES (1)

Quien aprecie en ojeadas sintéticas esa obra progresiva que, a costa de tantos desastres y esfuerzos colosales, viene realizando la humanidad bajo el nombre de civilización, muy pronto se convence de que su esencia se condensa en unos pocos postulados, sumamente sencillos, cuya definición y cumplimiento, antes que aclararse, se oscurecen y embarazan con la inmensidad de códigos, metafísicas, teogonías, guerras y sacrificios, que registra la vida de los siglos y de las generaciones. Cuando un profeta, un caudillo ó un hacedor de pueblos, acierta á formular con sugestiva sencillez una de estas verdades y logra hacerse oír, la humanidad da un salto adelante; y resplandece una luz en el caos de las pasiones y salvajismos del hombre. Pues bien, uno de estos principios que parecen más elementales y que más difícilmente practican los pueblos y los individuos, es el que aconseja formarse en el sentimiento y el conocimiento de eso que llamamos *la realidad*. Aprender á diferenciar el oro de la piedra, lo esencial de lo accidental, lo útil de lo inútil, la luz de la sombra, y proceder luego conforme á los más rudimentarios consejos de esta elemental enseñanza, atributo es que sirve para distinguir los pueblos, las sociedades y los individuos verdaderamente capaces y progresivos, de los ineptos y atrasados. Por ejemplo, hay un lugar, X, que se muestra estéril por sequías, y allá, en la loma contigua, hay un remanso de aguas que se evaporan infecundas; el abandono corrompe aquella masa líquida, y el paludismo siembra la muerte en la comarca; pues convenirse de que unos cuantos golpes de azadón harán descender aquellas aguas, aportando con el riego las cosechas y con el movimiento la salud, y una vez adquirida esta noción, resolverse á practicarla, eso que tan sencillo, conveniente y persuasivo es, eso, hay individuos, hay colectividades y hay pueblos que no lo quieren comprender jamás.

La Higiene, y su derivación reformadora la Sanidad, no tiene otro objeto que garantizar, robustecer y prolongar la salud del hombre, y, sin embargo, no hay principio ni práctica alguna que penetre con más lentitud y con más dificultad en las gentes, que los de una verdadera y positiva defensa de esa salud.

La enfermedad nos aterra; la idea de la muerte nos anonada; proclamamos la salud como el primero de los bienes indispensable á nuestra felicidad, nervio de la existencia, fuente de toda energía, requisito esencial sin cuyo concurso, amores, riquezas, poder, todo es despreciable; y, sin embargo, cuando se trata de proceder de acuerdo con esta convicción, defendiendo la base de nuestra vida, olvidamos la doctrina que le sirve de fundamento, desoímos sus consejos, nos oponemos á su prácticas y damos las más convincentes pruebas de que no sentimos ni queremos la Higiene.

El hecho brutal aparece siempre el mismo, con su estúpida sencillez pristina, hoy como ayer, como anteayer, como en los mas lejanos tiempos. ¿Asuela la epidemia exótica con crueldad en el Reino? Pues el terror lo paraliza todo y todo lo aniquila: las gentes huyen, las fábricas se cierran, los ejércitos se movilizan, los millones se gastan, y la Sanidad es sometida á una contribución improvisada, onerosa, ineficaz y absurda. ¿Castiga la endemia á la comarca? Pues el Municipio todo lo atropella: la ley, el derecho de propiedad, las consideraciones humanitarias y los deberes sociales. ¿Amenaza la infección á la vida del sujeto? Pues en él y en su familia todas las alarmas se presentan, todas las diligencias se mueven y todos los sacrificios se aperciben. Así, hoy como ayer, sólo la realidad aplas-

tante, mortal, asoladora, es la que nos sacude, nos persuade y nos arrastra, buscando el conjuro del milagro, la solución imposible y el remedio explosivo, pidiendo entonces al crédito extraordinario despilfarrado y al recurso precipitadamente apercibido, lo que se negó un día al servicio bien montado y á la función cumplidamente organizada.

¿Queremos convencernos de que para proceder así son idénticos el Estado, el Municipio y el ciudadano, en España? Pues no tenemos que hacer sino examinar lo que registran los presupuestos por concepto de Sanidad y de Higiene, y deduciremos de un modo serio y exacto la estimación real, el sentido práctico que demuestran estas tres entidades.

Los presupuestos de gastos, así los públicos como los particulares, expresan con elocuencia y sinceridad suma, la vida, la dulzura y el porvenir de los respectivos organismos. Son como su anatomía, su fisiología y su patología; porque allí están sus órganos, sus funciones y sus enfermedades. Los derechos y deberes de un pueblo, sus progresos y sus atavismos, su deber y su ignorancia, sus aciertos y sus errores, sus previsiones y sus descuidos, todo se observa al punto con sólo examinar epígrafes y cifras. Y los presupuestos nuestros sobradamente atestiguan que para nuestros gobernantes, autoridades y conciudadanos, la Higiene y la Sanidad no han dejado todavía de ser un valor retórico, con el cual jógamos en nuestras conversaciones y discursos, pero sin llegar á persuadirnos, como lo hace una convicción firme y sincera.

Lo que más desalienta y aflige el ánimo de quien estudia en España esta materia, es que nuestros Ayuntamientos, no solamente se mantienen en sus antiguas necesidades y prácticas, sino que á veces se les ve retroceder en reformas un día felizmente acometidas, demostrando con ello que cuando iniciaron aquellas mejoras transcendentales no lo hicieron movidos sólo del gran afán de sanear, sino por servir á intereses de otra índole. Esta aseveración resultará más clara y mejor demostrada citando algunos hechos. Presentaremos no más que dos, para poder exponer mejor sus circunstancias.

Sevilla es una de las ciudades más castizamente españolas y de más universal fama con que se enorgullece nuestro país. Su situación geográfica en una de las regiones más interesantes de Europa; su participación en grandes sucesos de la historia patria; la feracidad del suelo que le rodea; los yacimientos importantísimos de minerales de hierro, azufre, cobre, plomo, zinc y hulla, que enriquecen el subsuelo andaluz; las industrias numerosas que alzan sus fábricas y coronan de nubes sus altas chimeneas; el Guadalquivir, que mantiene un comercio de cabotaje extraordinario, llamado á considerable aumento por la construcción de nuevos muelles y la ya avanzada corta de Tablada, todo hace de ella una población rica, con grandes y justificadas esperanzas de otros mayores enriquecimientos. Como á pocas, la leyenda y las bellezas naturales y del arte la hermosean y dotan de privilegiadas seducciones. Su cielo es puro, luminoso y fuertemente azul; su temperatura, templada; decoran sus jardines las palmeras, los plátanos de grandes hojas, los naranjales de exquisito fruto, los claveles y jazmines de penetrante aroma, y otras mil plantas deliciosas; encierran sus vinos la vida y la alegría de un sol radiante; los ojos se recrean por sus calles contemplando las filigranas de los palacios árabes; se refina el gusto con las inspiraciones maravillosas de Murillo y Montañés en la pintura y escultura; sume las almas en mágicos transportes con la melodía de sus cantos y de sus guitarras, el regocijo de sus fiestas, la solemne unción de sus procesiones y el sensualismo de sus danzas; y así, en el grado que ninguna otra ciudad española, es seductora, porque conquista los corazones y juega con los sentimientos, haciendo reír y llorar, gozar y padecer, atrayendo á los extranjeros y á los nacionales, siempre soñadores de sus gracias, y dejando en todos, al marcharse, una estela imborrable de pasión y de fe-

(1) Del interesante discurso del Doctor Pulido, leído en la sesión inaugural del corriente año, de la Sociedad Española de Higiene.

licidad, como la dejan los recuerdos de una noche de supremos encantos y venturas.

Pero Sevilla es una ciudad infecta, malsana, sucia, de atrasos sanitarios horrendos, de mortalidad aterradora, que como impura belleza envuelve la infección en sus caricias seductoras y su belleza irresistible: que junta en las vías públicas el hedor de sus excrementos con el aroma de sus claveles y azahares, y contagia la limpieza de sus aguas cristalinas con las filtraciones de sus pozos negros. Para remediar tan desastroso y espantable mal, hubo un Ingeniero distinguido, D. José de Ochoa, que estudió un perfecto y admirable proyecto de saneamiento urbano; y hubo unos cuantos ciudadanos, amantísimos de la salud, la riqueza, los prestigios y el desenvolvimiento de su querida ciudad, que se propusieron realizar esta mejora, ganosos de que la reina del Guadalquivir aparaciese á los ojos y á la admiración de todos tan buena y tan sana, como era fuerte, rica y hermosa.

Celebérrimas son las luchas que dentro de un perfecto derecho mantuvo esta Compañía contra la resistencia de los vecinos de Sevilla, poco amigos de molestias y nuevos deberes; y conocidos son sus algaradas locales, los debates en el Congreso y la inutilidad de los derechos perfectamente conquistados dentro de las leyes. Allá fué, llamado por contiendas y conflictos irresolubles, un Director general de Sanidad; estudió detenidamente el caso, admiró, expuso y públicamente acreditó las extraordinarias bondades del saneamiento propuesto, de las obras comenzadas, de los resultados que se podían obtener y de la imperiosa necesidad de su realización. Nada fué suficiente á persuadir con eficacia cumplida, para someter á todos á la realización del bien público. El Gobierno desatendió el asunto, quizás para no molestar á las grandes influencias locales; las autoridades sevillanas no sirvieron á la causa de la salubridad, procediendo conforme pedían los intereses de la Sanidad pública; los ciudadanos defendieron su tacañería manteniendo su derecho á la suciedad y á la muerte; la empresa vió castigado su plausible entusiasmo; el Ingeniero abandonó lo que era un puesto de utilidad y de gloria, y hoy esa ciudad presenta uno de tantos elocuentes ejemplos de la incapacidad sanitaria de la raza española; pues el Ayuntamiento y la empresa han buscado su tranquilidad en *modus vivendi*. Hay construídos 30 kilómetros de saneamiento urbano; faltan cerca de 70 kilómetros, á los cuales se renuncia; queda sin realizar el proyecto de depuración biológica, el que había de hacer la polución de las aguas residuales al Guadalquivir convenientemente depuradas, á fin de garantizar la salud de los pueblos ribereños aguas abajo, y de su estado sanitario habla, con espantable elocuencia, el resumen del primer semestre del año actual de 1906, correspondiente al Boletín demográfico sanitario publicado por el Ministerio de la Gobernación, donde entre 53 ciudades principales de España y del extranjero aparece Sevilla siguiendo á Bombay en el máximo de defunciones, es decir, la penúltima, con una mortalidad de 36,7 por 1.000, lo cual es tanto como decir que de 2.668 defunciones que padeció en dicho tiempo, 1.500 fueron imputables á su atraso sanitario. Advertid bien que se aprecia y reconoce que estas obras son salud y vida, pues se nota el resultado feliz del saneamiento en los barrios donde se ha llevado á cabo, y por esto hay propietarios que acometen espontáneamente, renunciando á sus asquerosos pozos negros; pero la reforma se ha paralizado, los innovadores se han rendido, y allí queda vibrante un triste ejemplo de lo que sirven nuestras leyes sanitarias y hacen nuestros ciudadanos cuando se trata de la higiene pública.

Vaya otro caso, ó sucedido, no menos elocuente.

Cartagena es una ciudad que ocupa posición muy privilegiada en el Mediterráneo, y se halla en el camino ferroviario directo que une Francia con sus dos principales colonias, Argel y Túnez. La baña ese delicioso mar donde han reñido sus batallas todas las civilizaciones históricas; la rodean cordilleras que entrañan riquezas metalúrgicas imponderables donde las grandes fortunas se impravisan como en los países inventados de

América; el cinturón de sólidas murallas que le oprimía por ser plaza fuerte, vuela á los estallidos de la dinamita; el ansia de prosperidad engendra actividades y empresas, donde grandes fábricas de electricidad producen energías portentosas para arrastres y maquinarias que circulan y funcionan á largas distancias; se urbaniza la marisma de Armajal donde el paludismo asolaba, y sobre su campo de muerte se alzan sanatorios, hoteles y barriadas; los inexpugnables y afamados fuertes que coronan los montes contiguos, rinden su fama á la de las nacientes industrias; la marina de guerra que se construye en el arsenal, cede su preponderancia á la navegación comercial y transatlántica que lleva la riqueza y la vida; una caridad bien dirigida realiza obra eficaz y práctica; el espíritu moderno parece que todo lo penetra y dirige, y cuando al cerrar la tarde el sol transpone el cerco de sus montañas, encendiendo con sus escarlatas luminosas la dársena donde se balancean las naves, las cordilleras donde humean las metalurgias, y los campos donde fructifican los palmerales, naranjos y olivos, más que los clarines de la milicia y el estampido de los cañones, propios de una plaza guerrera, se siente el canto de los obreros y labradores que rinden al trabajo el himno de la paz y del progreso.

Pues en esta simpática ciudad hubo alcaldes, hubo Ayuntamientos y hubo una conjunción de fuerzas políticas, que quisieron proceder con sólida cultura, y entendiendo que riqueza sin salud es pobreza, y que progreso sin higiene es atraso, acometieron con entusiasmo obras de saneamiento, edificaron escuelas graduadas, tajaron colinas para abrir nuevas vías, construyeron un matadero bien planeado y se lanzaron con fe y valentía á la empresa de evacuar al mar y bien sus aguas residuales. Un Director de Sanidad inspeccionó y admiró todo aquello, celebró con entusiasmo lo hecho, ponderó con acento vibrante el buen concierto y dirección de las fuerzas políticas, pidió á los cielos bendición para aquel foco de luz que se encendía en el litoral levantino de la Nación, y partiéndose de allí abrigando la esperanza de que todo llegaría á feliz término. Han pasado de entonces cuatro años, y cuando, al pensar escribir este discurso, solicitamos datos á una de las mayores capacidades higiénicas que encierra Cartagena, recibimos la siguiente desconsoladora respuesta, que literalmente reproducimos. Dice así:

«Aquellas magníficas obras de saneamiento de esta ciudad, quedaron paralizadas, y en cuanto terminaron el colector general del alcantarillado. Encomendada esta obra á la empresa que tiene á su cargo el ensanche, ésta no se cuida más que de vender terrenos para edificaciones extramuros y ha abandonado todo lo que á su saneamiento se refiere; y, naturalmente, el tiempo se encarga de ir destruyendo los cauces del colector y no hay esperanza de que esta empresa cumpla sus compromisos, viéndose claro que en cuanto vendan el último trozo de terreno desaparece la Sociedad, y ahí queda el hueso del alcantarillado para que el Ayuntamiento lo haga el día del Juicio. Las disidencias y desmembraciones políticas tienen culpa de todo; no tenemos nadie que se ocupe de asuntos tan vitales, y aquellas energías de Bruna (q. e. p. d.) murieron con él sin que nadie haya podido sustituirle.

En Cartagena, por tanto, se han suspendido las obras de saneamiento en parte tan esencial, como es la de construir la red de alcantarillado de la ciudad y modernizar las acometidas de los domicilios; lo cual es tanto más de lamentar cuanto que las estadísticas prueban con números que desde el decenio de 1890 al 1900 la mortalidad ha descendido desde el 34,61 por 1.000 al 25,59 que tuvo en 1905.»